



FR. GERUNDIO.

LOS PATINES.

Abundante diversion y sabroso recreamiento han proporcionado en esta semana á los habitantes de esta Muy Heróica Villa de Madrid los *patines* que se han corrido en el gran estanque del Buen Retiro. La prensa periódica de todos colores se ha ocupado de los patinadores y los ha elogiado por unanimidad, cosa que alcanzan pocos en una era como la presente. Las elegantes madrileñas que habian pasado la noche bajo la influencia de una helada de seis grados bajo cero, salian de dia á lucir sus galas ante un sol claro y brillante y ante un hielo de seis dedos de espesor, y los jóvenes en cuyo sistema entra no dejarlas solas á sol ni á sombra acu-

dian tambien no menos presurosos á recrear su vista con los ligeros patinadores, con un sol sin nubes, y con otros soles cubiertos con una nubecilla de tul.

Gentes de todas esferas, sexos y edades concurrían *pêle-mêle* (y no *pêle-pêle* como me pusieron el otro dia) á las orillas del heladó estanque, y TIRABEQUE y mi Reverencia caimos tambien en tentacion de ir á ver patinar, cosa nueva para él y no muy vieja para mí.

Formaba el camino un sendero de gente como el que forman las hormiguitas desde el monton de grano de una éra hasta su depósito subterráneo de invierno. Al llegar al Retiro nos sorprendió verdaderamente el ver venir de frente dos sombreros, que no son como los demas sombreros del dia, sino á la antigua española, blancos, de ala muy ancha, remangada sobre la frente, y adornados de una pluma de color, que á juzgar por ella deberia creerse que eran hombres de buena pluma los que las llevaban. Eran estudiantes de Farmacia, que participando del comezon que se ha apoderado ahora de la juventud uniyersitaria, de adoptar un distintivo que vaya proclamando por todas partes, « éste es estudiante y cursa tal facultad, » segun el color de la cinta ó de la pluma, han preferido los sombreros á la antigua española prohijados ya por los escolares de Sevilla y otros puntos á los sombreros hongos de los de Barcelona y otras ciudades.

No deja de ser curioso ver á estos jóvenes llevar la cabeza á la antigua española, y el resto del

cuerpo á la española moderna; cabeza en anacronismo con el cuerpo; especie de Estatuto de vestir, que intenta acomodar una parte de nuestros venerandos antiguos trajes á las leyes y costumbres indumentarias del día. Preguntábame TIRABEQUE por qué, ya que habian empezado á reformarse por la cabeza, no llevaban todo el vestido en armonía. —Tú no sabes, PELEGRIN, le contesté, lo que este principio de reforma escolar querrá decir: quizá querrá representar ó simbolizar la reforma del Plan de Estudios, que ha ido y se va haciendo así por piezas sueltas, ó como quien dice á retazos. Se le ha dejado la cabeza á la antigua española, y se le ha ido acomodando al cuerpo, un año un chalequito á la inglesa, otro año un pantaloncito á la francesa, otro año un decretito de grados especie de surtout de invierno, y otro año un reglamentito de exámenes especie de punteramoderna cosida á una bota de la edad media: un año se le corta una ancha capa de Colegios, otro se le cose un balandran de Institutos, y otro se le hilvana un redingote de primera enseñanza; y de todo resulta un Plan de Estudios á la antigua-moderna, ó por mejor decir, unos Estudios sin plan ni moderno ni antiguo.—Y diga vd., mi amo; estudiarán ahora mas esos estudiantes con los *chapeaux nouveaux*?—Así debe creerse, PELEGRIN; á lo menos nadie los podrá llamar con justicia cabezas redondas.

En esta conversacion llegamos al borde del estanque, que encontramos guarnecido de una cerrada

:

línea de gente por sus dos ángulos, toda muy entretenida en ver resbalar á los *patinadores* ó *patinantes*. Los *patinadores* (porque habrá muchos hermanos en los pueblos que no sepan lo que son, y creerán acaso que es algun nuevo partido político, si es que todavia los puede haber nuevos) son unos hombres que resbalan por el hielo con el auxilio de un instrumento de hierro bruñido por la parte inferior que se ajustan á lo largo de la bota ó zapato por medio de unas correas, que es lo que se llama *patines*.

Se cree con mucho fundamento que los *patines* fueron inventados en Holanda, en cuyo pais se vé frecuentemente á las lecheras, con sus cántaros de leche en la cabeza, y haciendo al mismo tiempo sus labores de manos, andar en poco tiempo largas distancias por el hielo con una celeridad pasmosa (pues se calcúla en cinco ó seis leguas por hora) para ir á vender la leche en las ciudades comarcanas. Cuando nosotros hemos salido de aquel pais, que fué á últimos de noviembre, nos aconsejaban que nos detuviésemos algunos dias más si queriamos disfrutar de este espectáculo, pero ni este aliciente bastaba á detener por allí á PELEGRIN, ni mi paternidad estaba de humor de tener que patinar por el Mosa ó por el Rhin para volver á España. En París mismo, en los inviernos rigurosos, acude un enjambre de *patinadores* á los estanques de los jardines de Tullerías y del Luxemburgo, al canal de San Martin, y á los prados de la nevera, los cuales bailan contradanzas sobre el hielo como pudieran hacerlo en un sa-

ion de baile, y algunos llegan á hacer cualquier letra del alfabeto y aun á trazar un dibujo con el corte del *patin*; y no en un año solo se ha visto ejercitarse en correr patines á las elegantes Parisiennes: Los habitantes de la Noruega lo hacen un ramo importante de la educacion militar, y ha habido tiempo en que los jóvenes de Londres se ejercitaban sobre el grueso hielo del rio Serpentino en una especie de juego de esgrima, que consistia en colocarse los dos gladiadores á cierta distancia, venir el uno sobre el otro patinando, y sacudirse sendos bastonazos hasta que uno de ellos lograba derribar al otro sobre el hielo y quedaba vencedor. Asi se divertian los humanitarios ingleses con la mas helada filantropía del mundo.

Pero volviendo á nuestro estanque del Retiro, había á la sazón varios hermanos ejercitándose en patinar. TIRABEQUE se pasmó de verlos deslizarse rápidamente por la superficie del hielo, cambiar de direccion cuando les placía, y pararse cuando lo tenían por conveniente, que es cuanto nuestros patinadores saben hacer, y hacen mas que podria hacer yo. Progresistas rápidos todos, se conocia que apostaban á quien lo fuese más, pero el resultado era que todos cambiaban de rumbo cuando les convenia, y que se hacian estacionarios cuando les venia á cuento: de estos hay muchos. Uno habia que lo mismo patinaba hácia atras que hacia adelante; tan pronto progresista, tan pronto retrógrado, era un verbi-gracia con patines de tantos otros como cada dia vemos patinar atras y adelante por el resbaladizo piélago de

la política, y siempre quedan en pie como los patinadores del Buen Retiro.

Pero no era esto lo que más divertía á los centenares de espectadores de aquella gran tribuna pública. Otro espectáculo era el que atraía las miradas, escitaba la risa y producía el embeleso de aquella asociación de curiosos, á saber, «la turba de pelones muchachuelos,» como dice la parodia de Hannibal, ó sea el enjambre de Rinconetes y Cortadillos y Guzmanes de Alfarache, *alias* pillos, que rotos unos, desgarrados otros, descalzos de pie y pierna muchos, y con un retal de capa unos pocos, jugaban á la rebatiña de los cuartos que algunos generosos espectadores se entretenían en arrojarles sobre la helada y plana estension del estanque. Hombre había que parecía haberse llevado una fábrica de Júbia en cada bolsillo: tanto era lo que menudeaba en arrojar monedas de cobre. Los muchachos (entre los cuales los había ya que deberian haber figurado en segunda sección para el sorteo del último reemplazo, y la suerte los habría reservado para bien y felicidad de estos reinos) acudían presurosos en pos de la moneda rodante, dividiéndose en tantos grupos cuantas eran las piezas que se les arrojaban y en la dirección que cada una de ellas acaecía llevar. Resbalábanse muchos en la carrera como es de suponer, y era cosa curiosa y divertida ver aquí y allá al uno sentarse en el hielo, al otro caer de espaldas en toda su estension, á este quedarse de rodillas, á aquel besar el hielo con boca, frente y narices simultáneamente, y

á todos avalanzarse avidamente al objeto de sus ambiciones. Veinte manos á un tiempo se alargaban á la pieza. A veces uno la tocaba, y queriendo empunarla, se la endosaba á su rival; otras veces se la arrebatában unos á otros de las manos; regularmente el que llegaba el primero no la cogía, porque el segundo le empujaba, y aun al segundo le empujaba el tercero, á éste el cuarto, y todos se empujaban á todos, y asaltábala el mas diestro, ó se posesionaba de ella el que menos se podía pensar. Y como tenían las manos tan ateridas como era preciso que las tuviesen, sucedíales con frecuencia lo que del viejo Priamo decia cierto poeta cuando con sus heladas manos queria abrazar á sus hijos.

«Gelida tangebatur manu, quin capere posset.»

«Con sus heladas manos los tocaba,
sin que pudiese el infeliz asirlos.»

¿«Qué te parece de esta escena, PELEGRIN?»
le dije á mi lego. — Señor, me respondió, no deja de ser cosa divertida, y á mí me hace reir como un tonto. Pero crea vd. que lo que pasa en este estanco no es mas que el imblema de lo que pasa todos los dias en otra parte. — ¿En dónde, hombre? Porque yo no tengo noticia que haya otro sitio en Madrid donde esto se pueda ver. — Mire vd. señor; figurese vd. que cada sitio en que cae una moneda de esas es un ministerio ó una direccion; los ministerios serán donde paran las pata-

cas ó piezas de dos cuartos, y las direcciones donde paran las de uno; las piezas son los empleos; vienen los muchachos, que son los pretendientes, se tiran á ver quién agarra primero el empleillo; unos toman el camino del ministerio, otros el de la direccion segun donde cae la pieza; unos caen de espaldas antes de llegar, otros caen de bruces, otros se quedan de rodillas *suplicando*, otros se quedan *sentados* en las porterías, mientras que alguno que se adelantó les birla la pieza; viene uno, empuja el otro, la agarra este, se la sopla aquel de las mismas manos; llega el otro, empuja á este, vaca otra vez la pieza, se vuelven á avalanzar todos á ella, la coge uno, los demás se quedan esperando la primera vacante, y en esta trapisonda el que agarra agarra, y vayan cayendo empleillos y monedas que no faltará quien ande á la rebatiña por ellas, y al avío, que quien quiera saber en que consiste la política no tiene mas que venir al estanco del Buen Retiro, y aqui la verá.

No has ido enteramente descaminado en tu comparacion, PELEGRIN; lo único que no me parece bien es que compares los pretendientes á destinos con esta turba de derrotados haraganes que aqui corren y se agitan en pos de la monedilla, pues entre los pretendientes á empleos los hay tambien muy laboriosos y honrados.—Asi es la verdad, señor, pero las comparaciones siempre tienen sus mas y sus menos como vd. sabe, y cada uno hará la aplicacion que le pareciere bien.

Concluido este diálogo, no pude menos de esclamar, yo FR. GERUNDIO, afectado de las lisonjeras emociones que aquel brillante cuadro no podía menos de producirme: «Oh tú, porcion selecta de nuestra juventud escojida, lustre y prez de nuestro siglo, testimonio glorioso de los adelantos de la educacion española, que en vez de malgastar el tiempo en las escuelas y talleres, acudes presurosa á este estanque y te ejercitas en la instructiva y honrosa y noble ocupacion de andar á la rebatiña tras el cuarto que te arroja un generoso ciudadano tan provechosamente ocupado como tú; que con tanto talento sostienes las árduas y resbaladizas cuestiones sobre numismática que á tu discusion se fian; que con tan sutil ingenio atacas y rebates los argumentos y objeciones que tus coopositores te presentan; tú, vigorosa y ardiente juventud, espejo de prosperidad, modelo de aplicacion, envidia de extranjeros, y consuelo de compatriotas, en quien la España fia su porvenir, y de cuyos brazos espera el fomento de la agricultura, el progreso de las artes, y los adelantos de la industria y de las letras, prosigue, continúa, persiste dando al mundo esas relevantes pruebas de tu laboriosidad; no desmayes en tu comenzada carrera y ejercicio, que con él das honor á la España, gloria al gobierno, realce á las autoridades, honor á tus padres, y consuelo y esperanzas á FR. GERUNDIO que te contempla entusiasmado.—Y vosotros, generosos ciudadanos, que os

pasais un dia y otro dia y una semana entera á los bordes de este estanque, tan dulcemente entretenidos en fomentar á costa de desembolsos y sacrificios pecuniarios la aplicacion y estudiosidad de estos apreciables jóvenes, sin que esto obste para que por otro lado renegueis del gobierno cuando os imponga alguna contribucion, seguid dando cebo y escitando la aficioncilla de estos hermanitos á la moneda del prógimo, y estimulándoles á que cursen las lecciones del rapiñar, que mañana les faltará el donativo voluntario, y se encontrarán amaestrados para sacaros ingeniosamente del bolsillo lo que ahora espontáneamente les alargais.»

Señor, vd. habla como un predicador, me interrumpió TIRABEQUE; pero yo quisiera que estuviesen aquí los franceses para que vieran hasta dónde llega la fanfarria y la generosidad española, y que aquí hay quien tire el dinero por el gusto de divertirse en ver como lo cogen los muchachos, y no que ellos en tal de tirarlo nunca jamas, serian capaces de hacer lo que hacen los colegiales estos por coger un *sou*; viva el rumbo español, mi amo, que en esto se conoce lo que somos.

El frio se iba pronunciando, y tubimos por muy político emprender una retirada honrosa á nuestra celda. Las heladas han cedido, y el tiempo empezó á meterse en agua. No hay pues mas patinadores por ahora en el Estanque del Retiro, y no corren ya los muchachos tras de las monedas de cobre. Únicamente los patinadores políticos continúan en

su ejercicio, y en los ministerios y direcciones sigue sin interrupción el juego de la rebatina, porque para esto todos los días son santos y buenos, y todos los tiempos y todas las estaciones son iguales.

INDISPOSICIONES DE ETIQUETA

La *etiqueta* va cundiendo como el aceite en la diplomacia. Los hermanos diplomáticos reciben ya órdenes de sus gobiernos para que se indispongan de *etiqueta*. El amigo Luis Felipe dió orden á Mr. Perier y demas agregados á la embajada francesa en San Petersburgo para que el dia 18, cumpleaños del Emperador, se hallasen todos indispuestos de *etiqueta*, y de consiguiente no pudiesen presentarse en palacio á felicitar al santo Autócrata. En desquite el hermano Nicolas ha dado orden á Mr. Kiseleff ministro de Rusia en Paris para que el dia 1.º de enero, en que es *de etiqueta* que el cuerpo diplomático felicite al rey de los franceses, se halle tambien indispuerto *de etiqueta*, y efectivamente no se ha presentado.

Estas *etiquetas* nacen de que en el mes de noviembre mandó á llamar el Emperador á Mr. Palhen, su embajador en Francia, cuya resolución se atribuye á que siendo Mr. Palhen el decano de los Embajadores, y siendo *la etiqueta* que como tal fuese el encargado de llevar la palabra en la solemnidad del 1.º de enero, ha querido evitar este paso *de etiqueta*.

No temo yo que estas *indisposiciones de eti-*

queta lleguen á producir otras indisposiciones entre la Rusia y la Francia, que tengo para mi que los hermanos Luis Felipe y Nicolas se avienen mejor de lo que seria menester. Lo que temo únicamente, yo FR GERUNDIO, es que el ejemplo de las *indisposiciones de etiqueta* llegue á generalizarse, y el mejor dia se me quiera TIRABEQUE meter á diplomático, y me salga con una *indisposicion de etiqueta*, que sabe Dios los perjuicios que me podrá causar. Ve ahí como la cuestion con Mr. Salvandy pudo averse cortado muy bien saliendo un Real Decreto que dijera: «S. M. ha determinado hallarse *indispuesta de etiqueta* el dia que hayais de presentarle las credenciales, en cuya virtud os servireis presentarlas en su nombre al Regente del Reino ect.» Sino que somos españoles, y siempre hemos de acordar tarde.

BREVE RELACION,

Y CURIOSO RESUMEN DE LOS TRABAJOS QUE HEMOS HECHO EN LA SEMANA QUE ACABA DE PASAR.

POR FRAY PELEGRIN TIRABEQUE.

Se vende gratis para los suscritores al *Fr. Gerundio*, y es como sigue:

Domingo. Declaramos sujetos á reeleccion á nueve diputados, y no sujeto á uno.

Lunes. Declaramos no sujetos á reeleccion á dos diputados.

Hicimos una interpelacion y una proposicion.

Martes. Retiramos la proposicion de la interpe-

lacion. Admitimos dos diputados, y desecharnos uno.

Miércoles. Declaramos no sujetos á reeleccion á siete diputados.

Jueves. Declaramos no sujeto á reeleccion á un diputado. Leimos el proyecto de contestacion al discurso de la corona.

Viernes. No tubimos sesion.

Sábado. Tubimos *satis*.

Concuerta con las actas originales que obran en la secretaria.

Si alguno supiere cómo se puede aprovecharmas una semana se servirá manifestarlo; pues á mi no me ocurre qué mas se pueda hacer en beneficio de los pueblos en miserables siete dias de invierno.—

Firmado—*Tirabeque*.

UNA COSA REGULAR.

Muchas contestaciones vamos á tener ahora, PELEGRIN.—Señor, las tendrá vd. solo, que yo no tengo gana de entrar en contestaciones con nadie.—¡Que siempre me has de salir con esas, hombre! ¿Has visto jamás que nadie tenga contestaciones consigo mismo? Cuanto mas que no hablo yo ahora de contestaciones entre los dos, sino de contestaciones de otro género y de otra esfera. Las cámaras de Francia están amasando la contestacion que han de dar al discurso de Luis Felipe; aquí el Senado y el Congreso, ambos han presentado ya su proyecto de contestacion al discurso de la Corona.—Ah, si señor, ya las he visto.—Y con atencion supongo.—Regular cosa, mi amo.—Y bien, ¿qué

te parece?—Señor, regular cosa también.—¿Pero cuál de las dos tienes tú por mejor?—Las dos me parecen una cosa regular.—¿Pero á tu modo de entender están bien escritas, hay en ellas buen language, encuentras dignidad, afluencia, rotundidad, número y armonía?—Una cosa regular, señor. Números no he visto ninguno, pero rotundidad me parece que no deja de haber.

Pero suponiendo que no pasen de *una cosa regular*, como tú dices, en lo cual pienso que no vas desacertado, ¿has encontrado en ellas algún tropiezo que se oponga al curso desembarazado de las frases y de las ideas?—Señor, ahí en la del Senado me tropecé con un carro, que por poco no me rompo las narices: al diablo le ocurre poner un carro en medio de un discurso.—Ya sé por qué lo dices; no está en el medio sino hácia el fin. Díceslo sin duda por esta metáfora que en él se encuentra (párrafo último): «*y que entonces el carro de la prosperidad pública, despues de haber superado tan ásperas cuestras, vaya rodando por el llano sin que nada le pueda detener.*»

A la verdad, PELEGRIN, que este carro no hace aquí muy buen oficio, y que la metáfora no deja de ser un poco carretera.—Ademas, señor, que tengo para mí que la prosperidad pública bien merecía ser llevada en coche, ó á lo menos en diligencia: aunque por otra parte la prosperidad que hasta ahora tenemos pareceme que bien cabe toda en un carro, y por lo despacio que se va haciendo, creo yo que ha de ir tirada por un carro de bueyes. Y eso de que el carro *vaya rodando por el llano sin que nada le pueda detener*, no sé yo como pueda verificarse sino se dan prisa á componer los caminos, que si siguen como están, deberá encontrar el carro muchos tropiezos, y le sucederá lo que á los coches del hermano

Salvandy que en una parte se les rompía una rueda, y en otra se les salía una llanta, y en otra se les quebraba un rayo ó un eje.

Pues bien, conociendo eso mismo, no se les ha olvidado á los senadores de la comision hablar de la necesidad de mejorar los medios de comunicacion, y la comision de diputados no ha omitido tampoco mencionar «dos importantes trabajos que reclama imperiosamente el mal estado de nuestras comunicaciones,» lo mismo que el fomento de nuestras minas y el establecimiento de fabricas de fundicion.—Señor, en eso, en eso quisiera yo que pensáran de dia y de noche los diputados y los senadores y el gobierno y todo el mundo, y no en las baratijas y chismecillos que los ocupan continuamente.

Y dime: ¿no has advertido el diferente lenguaje que usan la comision del Senado y la del Congreso al hablar de la conducta del gobierno en los acaecimientos de octubre? ¿No has hallado una especie de contradiccion en la manera de calificarla?—Regular cosa, señor.—Hombre, tú á todo contestas hoy con la «regular cosa.» Y por cierto que la diferencia es mas que regular; pues el Senado dice que «ha sido digna de alabanza la actividad y energía desplegadas por el gobierno (en lo de «digna ha sido» en singular, y «desplegadas» en plural, no repares ahora, pues eso no merece la pena, y si á escrupulizar vamos, algunas mas gordas saldrian) para contener y castigar la conspiracion criminal que estalló en el mes de octubre:» y la comision del Congreso añade que «es de lamentar que su prevision (la del gobierno) no alcanzára á impedir que estallase (la conspiracion) en la capital misma, y dentro del palacio de nuestra Reina.»—Verdad es, mi amo; y en esto inclínome yo del lado de la comision del Congreso.

que no andubo el gobierno muy avisado que se diga en cuanto á impedir que estallase la conspiracion, y eso que con harta prevencion se lo avisamos nosotros en el verano antes de marchar, que fue casi el único encargo que le dejamos. Y aun pienso que la noche de marras quien nos salvó fueron los 18 alabarderos, que ya que no he tenido hasta ahora ocasion de darles las gracias, aprovecho la que se me presenta en este día para decirles que si antes los quería mucho porque sabía que eran buenos soldados, desde entonces los quiero mas, y lo que siento es que no estuviera entre ellos mi primo Venancio; pero ya que no estubiese, y que no esté en mi mano premiarlos de otro modo, desde este momento los hago á todos primos míos si me hacen el honor de acertár el parentesco.

Tambien contienen las Contestaciones una censura muy política al gobierno por los estados de sitio; ¿has reparado en ello?—Una cosa regular, señor. Pero pienso que basta por hoy de contestaciones, mi amo, que es hora de comer, y ahí vendrán las discusiones que nos podrán dar asunto para otro día si Dios quiere y nosotros estamos de humor, que mas días hay que contestaciones, y sobre todo ellos han tardado veinte días en fabricarlas y no es regular que nosotros las despachemos en uno.—Bien, hombre, bien; pon la mesa, y si estos señores gustan pueden acompañarnos.

Editor responsable, L. G. DE SOTO.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO: calle del Sordo n.º 11.